

En el orden sensible lo mismo que en el superior, la ley es la misma y tan antigua como el mal: EL REMEDIO DEL DESORDEN SERA EL DOLOR.

EL CABALLERO.

Luego que haya redactado esta velada, se la he de hacer leer al amigo comun de quien me hablasteis hace poco tiempo, y estoy persuadido que aplaudirá vuestras razones, y que os servirá de tanta mayor complacencia, cuanto mayor es el cariño que le profesais. Si no me equivoco, hasta creará que habeis añadido algo á las razones de Séneca, que no obstante debia ser un genio sobresaliente, puesto que en todas partes se le cita. Me acuerdo que mis primeras traducciones estaban sacadas de un pequeño libro titulado: *Séneca cristiano*, y que no contenia mas que las propias palabras de este filósofo. Era necesario que este hombre fuese de gran talento para que se le haya tributado tanto honor. Yo le profesaba mucha veneracion cuando La Harpe vino á trastornar mis ideas con un volumen entero de su Liceo, lleno de sentencias decisivas contra Séneca. Os confieso sin embargo, que me inclino siempre por la opinion del criado de la comedia, que decia:

Ese Séneca, señor, debia ser un grande hombre!

EL CONDE.

Habeis hecho muy bien, querido caballero, de no mudar de parecer. Sé de memoria cuanto se ha dicho contra Séneca; pero tambien hay muchas cosas que decir en su favor. Notad bien que el mayor defecto que se achaca á él ó á su estilo, se convierte en provecho de sus lectores; es sin duda muy esmerado y muy sentencioso; forma empeño en no decir las cosas como los demas; pero con sus giros originales, con sus rasgos inesperados, penetra profundamente los espíritus.

Y de todo lo que dice deja un largo recuerdo.

No conozco otro autor, excepto Tácito, que se cite con mas frecuencia. No considerando las cosas mas que en su fondo, tiene trozos inestimables; sus cartas son un tesoro de moral y de buena filosofia. Algunas de estas cartas Bourdaloue y Massillon hubieran podido recitarlas en el púlpito con algunas ligeras modificaciones: *sus cuestiones naturales* son sin disputa el fragmento mas precioso que la antigüedad nos ha dejado en este género; escribió un bello tratado sobre la *Providencia*, que todavia no era conocido en Roma en tiempo de Ciceron. En cuanto á mi no tendré inconveniente en citarlo en una multitud de cuestiones que

no han sido tratadas ni aun presenciadas por sus mismos detractores. Sin embargo, á pesar de su mérito, que es muy grande, séame permitido convenir sin orgullo que he logrado añadir algo á sus razones, aunque en ello no tenga otro mérito que el de haber aprovechado mayores auxilios; y creo tambien, hablándoos con ingenuidad, que no es superior á los que le han precedido sino por la razon que llevo dicha, y que á no haberse contenido por las preocupaciones del siglo, de la patria y del estado, hubiera podido decirnos poco mas ó menos todo lo que yo os he dicho; pues todo me induce á creer que tenia un conocimiento bastante profundo de nuestros dogmas.

EL SENADOR.

Creéis acaso en el cristianismo de Séneca ó en su correspondencia epistolar con S. Pablo?

EL CONDE.

Estoy muy ageno de sostener estos dos hechos; pero creo que tienen un origen verdadero, y estoy tan seguro de que Séneca oyó á S. Pablo, como lo estoy de que vosotros me escuchais en este momento. Nacidos y viviendo en la luz, ignoramos los efectos que produciria en el hombre que jamás la hubiese visto. Cuando los portugueses propagaron el cristianismo en las Indias, los japoneses que constituyen uno de los pueblos mas ilustrados de Asia, quedaron tan admirados de esta nueva doctrina, cuya fama sin embargo, habia llegado á ellos muy imperfectamente, que despacharon á Goa dos individuos de sus dos principales academias, para informarse de esta nueva religion, y bien pronto los embajadores japoneses vinieron á solicitar predicadores cristianos al virey de las Indias; de modo que no ha habido jamás nada mas apacible, mas legal ni mas libre que la introduccion del cristianismo en el Japon; lo cual ignoran profundamente muchos que se entrometen á hablar de lo que no saben. Pero los romanos y los griegos del siglo de Augusto eran muy otros que los japoneses del siglo XVI (1). No reflexionamos

(1) En cuanto á la ciencia puede ser; pero en cuanto al carácter, buen sentido y despejo natural, lo ignoro. S. Francisco Javier, que es entre los europeos el que mejor ha conocido á los japoneses, habia formado de ellos la mas alta idea. *Forman*, dice, *una nacion prudente, ingeniosa, dócil á la razon, y muy ávida de instruccion*. (S. Francisci Xaverii, Ind. Ap. Epist. Wraslisl. 1734, in 12, p. 166.)

(Nota del editor.)

bastante el efecto que el cristianismo debió producir sobre una multitud de gentes de buen juicio en aquella época. El gobernador romano de Cesarea que sabia muy bien lo que esta doctrina era, cuando asombrado decia á S. Pablo: *basta, basta por hoy, retiraos* (1), y los areopagitas que le decian: *en otra ocasion os oiremos sobre esas cosas* (2), hacian sin saberlo el mas bello elogio de su predicacion. Cuando Agrippa, despues de haber oido á S. Pablo le dijo: *ha faltado muy poco para que me hayais persuadido á ser cristiano*; el apóstol le respondió: *ojalá no hubiera faltado nada, y que vos y todos los que me oyen llegáseis á ser semejantes á mi*, PERO SIN ESTAS LIGADURAS, y señalaba sus cadenas (3). Despues de transcurridos diez y ocho siglos sobre estas santas páginas, despues de haber leído cien veces esta bella respuesta, *todavía creo leerla por primera vez*; tan noble, tan ingeniosa, tan dulce, tan penetrante me parece: no puedo espresaros hasta qué punto me siento conmovido. El corazon de Alem- bert, aunque endurecido por el orgullo y por una filosofía glacial, no ha podido resistir á este discurso (4): juzgad pues cual seria el efecto que debió producir sobre los oyentes. Tengamos presente que los hombres antiguos eran tan impresionables como nosotros. El rey Agrippa y la reina Berenice, los procónsules Sergio y Gallion (el primero de los cuales se hizo cristiano), los gobernadores Félix y Fausto, el tribuno Licias y toda su comitiva tenian parientes, amigos y correspondientes; ellos hablaban y escribian; millares de bocas repetian lo que nosotros leemos hoy; y esas nuevas hacian tanta mas impresion, cuanto anunciaban como prueba de la doctrina milagros incontestables, lo mismo que en nuestros dias, para todo hombre que juzga sin pasion. S. Pablo predicó año y medio en Corinto y dos años en Efeso (5), y cuanto pasaba en aquellas populosas ciudades se sabia al momento en Roma. Finalmente, el grande apóstol llegó á Roma, donde permaneció dos años enteros, recibiendo á cuantos venian á verle, y predicando con absoluta libertad, sin que nadie le incomodase (6). ¿Pensais que semejante predicacion haya podido pasar desapercibida á los ojos de Séneca, que entonces tenia sesenta años? Y cuando S. Pablo, conducido despues lo menos dos veces ante los tribunales para

(1) Act. XXIV, 22, 25.

(2) Act. XVII, 32.

(3) Ibid. XXVI, 29.

(4) Bien podrá haber aquí un pequeño error de memoria, porque no sé que Alembert haya hablado de este discurso. (Nota del editor.)

(5) Act. XVII, 11, XIX, 10.

(6) Act. XXVIII, 30, 31.

responder de la doctrina que enseñaba, se defendió públicamente y fué absuelto (1), ¿pensais que esos acontecimientos no hicieron mas célebre y mas poderosa su predicacion? Todos los que tienen algun conocimiento de la antigüedad saben, que el cristianismo en su principio, era para los cristianos una iniciacion, y para los demas un sistema, una secta filosófica ó teúrgica. Todos saben el afán que habia entonces por opiniones nuevas; y ni aun es prudente imaginar que Séneca no haya tenido conocimiento de la doctrina de S. Pablo; y la demostracion es completa por la lectura de sus obras, donde habla de Dios y del hombre de un modo enteramente nuevo. Al lado del pasage de sus cartas, donde dice; *que Dios debe ser honrado y amado*, una mano desconocida escribió en otro tiempo al margen del ejemplar de que me sirvo: *Deum amari vix alii auctores dixerunt* (2). La espresion es muy rara y notable.

Pascal ha observado muy bien, *que ninguna otra religion mas que la muestra, ha ordenado amar á Dios*; sobre cuyo particular, recuerdo que Voltaire, en el vergonzoso comentario que añadió á los pensamientos de este famoso hombre, objetó que *Marco Aurelio y Epicteto hablan continuamente de amar á Dios*. ¿Por qué no se ha dignado este gracioso erudito citarnos el lugar en que lo dicen? Nada le hubiese sido mas fácil á Voltaire, pues afirma que lo dicen en muchos. Pero volvamos á Séneca. En otra parte ha dicho *mis dioses* (3); y tambien *nuestro Dios y nuestro padre* (4); y luego añade: *que la voluntad de Dios se cumpla* (5). Se hace poco caso de estas espresiones; pero buscad otras semejantes entre los filósofos que le han precedido, y sobre todo, buscadlas en Ciceron que ha tratado precisamente las mismas materias. Espero que no exigireis de mi memoria otras citas en este momento; pero leed las obras de Séneca y encontrareis la verdad de lo que tengo el honor de deciros. Me lisongeo de que cuando os fijeis sobre ciertos pasages, de los cuales no tengo mas que un vago recuerdo, donde habla del increíble heroismo conque algunos hombres han arrostrado los mas horribles tormentos, con una intrepidez que escede á las fuerzas humanas, no dudareis de que tuvo á los cristianos á la vista.

En fin, el cristianismo apenas habia nacido cuando ya se halla-

(1) II. Tim. IV, 16.

(2) En ninguna otra parte se leerá que Dios es amado. Si existe alguna cosa de este género en alguna parte fuera del cristianismo, se encontrará en Platon. S. Agustin le hace este honor. (*De civit. Dei*, VIII, 5, 6, Vid. *Sen. Epist.* 47.)

(3) *Deos meos*. (*Epist.* 93.)

(4) *Deus et parens noster* (*Epist.* 110.)

(5) *Placemat homini, quidquid Deo placuerit*. (*Epist.* 74.)

ba arraigado en la capital del mundo. Los apóstoles habian predicado en Roma veinticinco años antes del reinado de Neron. San Pedro conversó allí y tuvo intimidad con Philon; semejantes conferencias produjeron necesariamente grandes efectos. Cuando oimos hablar del judaismo en Roma en tiempo de los primeros emperadores, y sobre todo entre los mismos romanos, frecuentemente se trata de los cristianos. Se sabe que los cristianos, al menos gran número de ellos, se creyeron por mucho tiempo obligados á la observancia de ciertos puntos de la ley mosáica, por ejemplo, al de la abstinencia de sangre. Mucho antes del siglo cuarto se vieron todavia cristianos martirizados en Persia por haber rehusado violar las observancias legales. No es, pues, extraño que se les haya confundido frecuentemente: y vereis en efecto á los cristianos comprendidos como los judíos en la persecucion, á que estos últimos se hicieron acreedores por su rebelion contra Adriano. Es necesario tener el tacto muy fino y muy perspicaz la vista; es preciso mirar muy de cerca para distinguir ambas religiones al leer los autores de los dos primeros siglos. Plutarco, por ejemplo, ¿de quien quiso hablar cuando en su tratado de la supersticion esclama: *o griegos! ¿que es lo que los bárbaros han hecho de vosotros?* y en seguida habla de *sabatismos*, de *prosternaciones*, de vergonzosas posturas, etc. Leed todo el pasage y no sabreis si trata de domingo ó de sábado; si contempláis un duelo judaico, ó los primeros rudimentos de la penitencia canónica. Durante largo tiempo no he visto otra cosa en su referido tratado que el judaismo puro y simple; pero en el dia pienso de distinto modo. Al intento os citaria unos versos de Rutilio, *si me acordase de ellos*, como dice madama de Sevigne. Os remito á su viage: en él leereis sus amargas quejas acerca de la *supersticion judaica que se propagaba por todo el mundo*. Se dirige principalmente contra Pompeyo y Tito, por haber conquistado esa desgraciada Judea que emponzoñaba al mundo: ¿luego quien podrá aqui creer que se trata del judaismo? ¿No es por el contrario, el cristianismo quien se apoderó del mundo y quien rechazó igualmente al judaismo y al paganismo? Aqui hablan los hechos, y no hay medio de sostener lo contrario.

Por lo demas, señores, supondré gratuitamente que podeis muy bien ser de la opinion de Montaigne, y que el medio mas seguro de haceros aborrecer las cosas verosimiles, seria establecerlas como demostradas. Creed pues lo que os acomode sobre esta cuestion particular; pero os ruego me digais: ¿pensais acaso que el judaismo solo no fué bastante para influir en el sistema moral y religioso de un hombre tan penetrante como Séneca, y que conocia perfectamente esa religion? Dejad decir á los poetas que nunca

ven mas que la superficie de las cosas, y que creen haberlo dicho todo con llamar á los judios *verpos et recultos*, y todo lo que querais suponer. Sin duda que el grande anatema pesaba ya sobre ellos. ¿Pero acaso entonces, lo mismo que ahora, no podian admirarse los escritos sin despreciar á las personas? Por medio de la version de los setenta, Séneca podia leer la Biblia tan facilmente como nosotros. ¿Que juicio debió formar al comparar las teogonias poéticas con el primer versiculo del Génesis, ó al examinar el diluvio de Ovidio y el de Moisés? ¿Que inmenso manantial de reflexiones! Toda la filosofia antigua queda eclipsada ante la sola vista del libro de la *Sabiduria*. Ningun hombre ilustrado y esento de preocupaciones, puede leer los salmos sin admirarse y sentirse trasportado á un nuevo mundo. Hasta respecto de las mismas personas habia grandes distinciones que hacer. Philon y Josepho eran aparentemente hombres de buena sociedad, y sin duda podia instruirse con ellos. Habia en general en esta nacion, aun antes de los tiempos mas antiguos, y mucho tiempo antes de su mezcla con los griegos, mas instruccion de la que comunmente se cree, por razones que no será difícil señalar. ¿De donde habian tomado por ejemplo, su calendario, uno de los mas esactos, y tal vez el mas arreglado de la antigüedad? Neuton no se ha desdenado de hacerle absoluta justicia en su cronologia, y nosotros mismos debemos admirarlo tambien en nuestros dias; pues le vemos marchar de frente con el de las naciones modernas, sin errores ni dificultades de ninguna especie. Se puede ver por ejemplo en Daniel cuantos hombres instruidos de esta nacion se computaban en Babilonia, que ciertamente era el centro de grandes conocimientos. El famoso rabino Moisés Maimonidas, de quien he leido algunas obras traducidas, nos manifiesta que al finar la grande cautividad, un grandísimo número de judios que no quisieron volver á su pais, se establecieron en Babilonia, donde disfrutaron de la mas amplia libertad y de la mas grande consideracion; y donde la custodia de sus mas secretos archivos de Ecbatana quedó confiada á hombres elegidos de su nacion.

Ojéando dias pasados mis pequeños *Etzéviros* que veis colocados en circulo sobre esa mesita giratoria, me fijé por casualidad sobre la república hebraica de *Pedro Cunnaeo*. Su lectura me recordó la anécdota tan curiosa de Aristoto, que conversando un dia en Asia con un judio, despues de la conversacion, los sabios mas distinguidos le parecian especie de bárbaros.

La traduccion de los libros sagrados en una lengua que llegó á hacerse universal, la dispersion de los judios por las diversas partes del mundo, y la curiosidad natural al hombre por todo lo nuevo y extraordinario, habian hecho conocer en todas partes la

ley mosaica, que llegó por este medio á ser una introduccion del cristianismo. Hacia mucho tiempo que los judios servian en los ejercitos de varios principes, que los empleaban con gusto á causa de su reconocido valor, y de su fidelidad sin igual. Alejandro sobre todo, sacó gran partido de ellos y les manifestó mucha predileccion. Sus sucesores al trono de Egipto le imitaron en este punto, y dieron constantemente á los judios infinitas pruebas de confianza. Lago confió á su custodia las plazas mas fuertes de Egipto, y para conservar las ciudades que habia conquistado en la Libia, no encontró ningun medio mejor que enviar á ellas colonias de judios. Uno de los Ptolomeos, sus sucesores, trato de hacerse con una traduccion de los libros sagrados. Evergetes, despues de haber conquistado la Siria, vino á tributar accion de gracias á Jerusalem: ofreció á Dios un gran número de victimas, é hizo ricos presentes al templo. Philometor y Cleopatra confiaron á dos judios el gobierno de su reino y el mando del ejército (1). Todo, en una palabra, justificó el discurso de Tobias á sus hermanos: *Dios os ha dispersado entre las naciones que no le conocian, con el fin de que vosotros le hicieseis conocer sus maravillas, enseñándoles que él es el solo Dios y el solo omnipotente* (2).

Segun las ideas antiguas que admitian una multitud de divinidades, y sobre todo de dioses nacionales, el Dios de Israel no era para los griegos, para los romanos, y ni aun para todas las naciones mas que una nueva divinidad que se aumentaba á las otras; lo cual nada tenia de chocante. Pero como siempre hay en la verdad una accion secreta mas eficaz, mas fuerte que todas las preocupaciones, el nuevo Dios por donde quiera que se manifestaba, debia necesariamente producir grande impresion sobre una multitud de inteligencias. Voy á citaros, aunque rápidamente, algunos ejemplos, y luego tal vez os citaré algunos otros. La corte de los emperadores romanos manifestaba al templo de Jerusalem un profundo respeto. Habiendo Cayo Agrippa atravesado la Judea sin hacer allí sus devociones, (perdonadme esta espresion) su abuelo el Emperador Augusto se irritó en estremo; y lo que hay de mas singular es, que una terrible carestia que alligó á Roma por este tiempo, fué mirada por la opinion pública como un castigo de aquella falta. Por una especie de reparacion, ó por un movimiento espontáneo todavia mas honroso, Augusto, aunque en general fué grande y constante enemigo de las religiones estrangeras ordenó, que diariamente se sacrificase á su costa sobre el

(1) Josepho contra Appion. Lib. II, cap. 11.

(2) *Ideo dispersit vos inter gentes quæ ignorant eum, ut vos enarretis omnia mirabilia ejus, et faciatis scire eos quia non est alius Deus omnipotens præter illum.* (Tob. XIII, 4.)

altar de Jerusalem. Libia su muger, hizo presentar allí dones considerables. Esto llegó á constituir la moda de la corte, y á tal punto se generalizó, que todas las naciones, hasta las menos amigas de la judia, temian ofenderle por no desagradar al soberano; y todo hombre que se hubiera atrevido á tocar el sagrado libro de los judios, ó la plata que enviaban á Jerusalem, hubiera sido considerado y castigado como un sacrilego. El buen sentido de Augusto debió sin duda quedar impresionado al ver el modo como los judios concebian la divinidad. Tácito por una ceguedad singular ha elevado esta doctrina hasta las nubes, creyendo vituperarla en un testo célebre; peronada me ha causado tanta impresion como la admirable sagacidad de Tiberio respecto de los judios. Seyano que los detestaba, procuró que recayesen sobre ellos las sospechas de una conjuracion que debia perderlos. Tiberio no hizo caso de ello, porque este principe penetrante decia: *esa nacion, por principio, no alzará jamás la mano sobre su soberano.* Los judios á quienes se presentaban como un pueblo feróz é intolerante, era sin embargo, bajo cierto aspecto, el mas tolerante de todos, hasta el punto de llegar á comprender algunas veces con dificultad, como los profesores exclusivos de la verdad se manifestaban tan complacientes con las religiones estrangeras. Sabido es el modo absolutamente liberal con que Eliseo resolvió el caso de conciencia, propuesto por un capitan de la guardia Siria (1). Si el profeta hubiera sido jesuita, no hay duda que Pascal en virtud de esta decision, lo hubiera puesto, aunque sin razon, en sus cartas provinciales. Philon, si no me equivoco, observa en cierta parte que el gran sacerdote de los judios era el único que en todo el universo oraba por las naciones y las potestades estrangeras (2). En efecto, no creo que haya otro ejemplo semejante en la antigüedad. El templo de Jerusalem estaba rodeado de un pórtico destinado á los estrangeros que venian á orar allí libremente. Una multitud de estos gentiles tenian confianza en el Dios (cualquiera que fuese) que se adoraba sobre el monte de Sion: nadie les incomodaba ni les pedia cuenta de sus creencias nacionales; y todavia los vemos segun lo atestigua el Evangelio, venir á Jerusalem á orar en el dia solemne de la Pascua sin la menor muestra de desaprobacion ni de sorpresa por parte del historiador sagrado.

Estando el espiritu humano suficientemente preparado ó advertido por este noble culto, apareció el cristianismo; y casi en el

(1) Reg. IV, 5, 19.

(2) Baruch, lib. XI.-Obedecian en esto á un precepto divino. (Jerem. XXIV, 7.)

mismo momento fué conocido y predicado en Roma. Esto es bastante á que yo tenga derecho para asegurar que la superioridad de Séneca sobre sus antecesores, y por paréntesis diré tambien lo mismo de Plutarco, en todas las cuestiones que interesan realmente al hombre, no pueden atribuirse sino al conocimiento mas ó menos perfecto que tenia de los dogmas mosaicos y cristianos. La verdad ha sido hecha para nuestra inteligencia como la luz para nuestros ojos; la una y la otra se insinuan sin esfuerzo de su parte, y sin instruccion de la nuestra, todas las veces que se encuentran en disposicion de obrar. Desde el momento en que el cristianismo apareció en el mundo, se verificó un cambio notable en los escritos de los filósofos enemigos ó indiferentes. Todos sus escritos tienen, si me es permitido espresarme así, cierto color que no tenían las obras anteriores á esta grande época. Si pues, la razon humana quiere manifestarnos sus fuerzas, que busque sus pruebas anteriores á nuestra era; que no venga á atacar á su nodriza, y como ha hecho muchas veces, á citarnos lo que sabe por la revelacion, para probarnos despues que no tiene necesidad de ella. Permitidme que os recuerde un rasgo inefable del loco de gran género (como le llama Buffon) que tanto ha influido sobre las ideas de un siglo, el mas á proposito para escucharle. Rousseau nos dice con fiereza en su Emilio: «que en vano se les sostiene la necesidad de una revelacion, puesto que Dios lo ha dicho todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia y á nuestro juicio; que Dios quiere ser adorado EN ESPIRITU Y EN VERDAD, y que todo lo demas no es sino un punto de policia (1). Ved, señores, lo que se llama discurrir! es sin duda alguna bagatela! No ha faltado mas que el mismo Dios para que nos lo enseñase.

Quando siendo niños se nos preguntaba: para que nos ha criado Dios? Respondiamos: para conocerle, amarle y servirle en esta vida y merecer así sus recompensas en la otra. Ved como esta respuesta que aunque propia de la primera infancia, es sin embargo tan admirable, tan sorprendente, tan incontestablemente superior á cuanto la ciencia humana reunida ha podido jamás imaginar; y como el sello divino es tan visible en estas lineas del catecismo elemental, como en el cántico de Maria, ó en los oráculos mas penetrantes DEL SERMON SOBRE LA MONTAÑA.

No nos sorprendamos pues si esta divina doctrina, mas ó menos conocida de Séneca, ha producido en sus escritos una multitud de rasgos que no es facil señalar. Espero que esta pequeña discusion que hemos empeñado por decirlo así como de paso, no os habrá fastidiado.

(1) Emilio. La Haya, 1762 in 8. tomo III, pág. 135.

En cuanto á La-Harpe, á quien absolutamente habia perdido de vista, ¿qué quereis que os diga? En favor de sus talentos, de su noble resolucion, de su sincero arrepentimiento, de su invariable perseverancia, disimulemos cuanto ha dicho sobre cosas que no entendia, ó que despertaban en él alguna pasion mal estinguida. *¡Que descansen en paz!* Y nosotros tambien, señores, vamos á descansar en paz, porque hoy hemos hecho un exceso, pues ya son las dos; sin embargo, no debemos arrepentirnos de ello: todas las veladas de esta gran capital no habrán sido tan inocentes, ni por consiguiente tan felices como la nuestra. *Descansemos, pues, en paz,* y pueda este sueño tranquilo, precedido y producido por trabajos útiles é inocentes placeres, ser la imágen y la prenda de aquel descanso sin fin que no es concedido mas que á la continuacion de dias pasados, como las horas que acaban de pasar para nosotros.